

André Pieyre
de
Mandiargues

Fuego de brasa

¿Era ella entonces de piedra o de cera, o bien criatura de otro mundo y se pensaba que era inútil hablarle, o ni siquiera se intentaba?

Pauline Reage

Florine llegaba a casa de unos Brasileños que daban un baile, en un edificio muy viejo cerca de la iglesia Saint-Sulpice. ¿Qué sabía ella de esta gente? Casi nada, excepto su nacionalidad, como una etiqueta de procedencia pegada sobre paquetes, y luego que no debían conocer mucha gente en París, pues parecía que le habían encargado a los conserjes del barrio hacer las invitaciones al azar.

La escalera, en espiral, estaba dentro de una caja redonda, muy negra, de muros pegajosos que seguramente no habían sido retocados, ni siquiera lavados, desde hacía más de cien años; sin embargo la alfombra roja bajo las varillas doradas que la fijaban a los escalones tenía un ardiente resplandor que no pertenecía más que al color llamado "rojo viejo", y la barandilla estaba tibia, como si la hubiesen calentado para disponerla a las manos que debían tocarla. Desde la entrada, bajo la bóveda, Florine había escuchado el ruido del baile que aumentaba de piso en piso, a medida que subía. Cierto: la escalera era

interminable. Cuántas veces había dado la vuelta a la sombría caja de la escalera, cuántas barrenas de la espiral había recorrido, se lo preguntaba sin poder responder. Al inclinarse para contar los descansillos no percibía más que un pozo negro y profundo, "como el tiempo", pues la luz, a causa de un interruptor poco común, se apagaba primero en los pisos de abajo, después se prendía más arriba, y luego más arriba aún para acompañar al visitante. El ruido de los instrumentos (que aparte de un pésimo piano no podían ser más que trompetas, platillos y maracas) resonaba en la caja con una fuerza casi aterradora. También se escuchaban palmoteos, compases de pies, cantos, risas y gritos de "¡han!" "¡han!" más propios a los leñadores o a los herreros que a los bailarines. Por las puertas entreabiertas los vecinos miraban hacia lo alto con una especie de espanto, pero sin atreverse a protestar. Cuando Florine pasaba delante de estas puertas, se esquivaban, empujaban un poco la puerta (sin cerrarla), luego abrían de nuevo murmurando detrás de ella. "O admiran mi vestido, o bien son curiosos", pensaba Florine.

Llevaba un hermoso vestido, sólo un poco transparente, que dejaba ver la cintura elástica y el portaligas negro bajo el satín naranja. Las medias apenas rosas eran casi imperceptibles, los senos muy blancos, en el aire, sin sostén de ninguna clase. Los cabellos jugaban sobre los hombros con un reflejo de nutria. Florine se encontraba gloriosa al pasar delante de esta gente que no había sido invitada al baile, y que seguramente era fea y torpe, pues en su propia casa el conserje la había olvidado. Se elevaba sobre ellos, de escalón en escalón, con un porte de reina o de yegua. En lo alto tuvo tal conciencia de su gloria y del envilecimiento de los otros, que se puso a pensar en ellos con cierta piedad. "Si me rogaran —se dijo—, creo que hablaría por ellos a los Brasileños."

Le abrieron la puerta tan pronto como tocó, pues dos sirvientes se mantenían detrás, listos para recibir a los invitados. Con traje y guantes blancos, se inclinaron delante de ella y se ofrecieron a retirar el abrigo que no traía. Sin duda los Brasileños formaban parte de la mejor sociedad, y se comprendía que no tuviesen más que desprecio por el populacho de los pisos inferiores. Era por capricho, rebuscamiento, extravagancia, paradoja elegante, gusto por distinguirse, que habían dejado a los conserjes escoger a los invitados, no sin haberles prevenido de ser severos y de no convidar más que a personas de primera calidad. Por *dandy* que se sea y nacido en un país tropical no se abre la puerta a cualquiera que llegue, teniendo para maniobrarla a criados de tan soberbia clase.

No era extraño que los techos fueran tan bajos que un hombre de estatura un poco mayor de la normal los habría tocado sin esfuerzo. Hay que resignarse a eso, ¿no es cierto?, cuando se quiere





vivir en lo más alto de un edificio porque enferma la simple idea de que alguien, aún sirviente, caminara o durmiera arriba de nuestra cabeza. Dandysmo aún. Sí. “Y estoy segura —pensó Florine— que han clausurado el desván o que le han puesto trampas.”

El apartamento, sin duda, había sido rentado con mobiliario, pues era tan banal como el de la sala de espera de un pedicurista o de un médico de pueblo. Unos cromos de obras maestras, tristemente reproducidos, hacían pareja en ricos marcos. Había algunas palmas esterilizadas en macetas de cobre, sobre tripiés de madera clara, pero tales objetos no faltaban tampoco con los doctores comunes, y su exotismo es muy relativo, aunque se les pueda ver bien colocados en lugares bellos de los consulados de países lejanos. Sin embargo Florine no se decepcionó porque no se detenía en insignificancias. Era el baile a lo que venía. Cuando los sirvientes la abandonaron para acomodarse, uno frente al otro, de cada lado de la puerta, Florine los dejó mirarse en lo blanco de los ojos (o en el espejo de los botones de sus trajes) y caminó hacia el barullo con decisión. Sus oídos tronaron cuando entró en la pieza donde se bailaba.

La gran sorpresa (Florine debió confesarse que eso sí era una decepción) fue que había muy pocos hombres en el baile. Ya no eran muy jóvenes y se mantenían tranquilos. Sentados sobre cojines, en el suelo o sobre los tapetes enrollados, bebían en tasas nauseabundas un líquido que tenía el aspecto de tisana. ¿Eran éstos los Brasileños? En todo caso no tenían aire de serlo con esas chaquetas rellenas de borra en los hombros, con esas camisas deslucidas, sus corbatas desgarradas, sus zapatos redondos. Uno de ellos estaba en pantuflas de lana. ¿Era el dueño de la casa, o un invitado que sufría de garcetas o de gota y que lo habían disculpado por estas razones? La cosa no estaba clara.

Las muchachas bailaban entre sí, frotándose con un movimiento de cepillos mecánicos, luego chocaban como bolos bofos, al tiempo que marcaba un estruendo de platillos. La mayoría usaba pantalones negros o azul marinos, cerrados en los tobillos y ajustados sobre el trasero a punto de reventar, con jerseys delgados, algunos a rayas, o camisetas que flotaban sobre el torso. Iban muy poco o nada maquilladas, por suerte, pues el sudor resbalaba por sus frentes y mejillas. Una de ellas estaba descalza; se había quitado las medias, recogido los pantalones, y bailaba completamente sola en medio de las parejas femeninas, llevando continuamente el compás con su cabeza de cabellos oscuros, empujándola de atrás hacia adelante, siguiendo el ritmo de la música. Vista de frente, tal como Florine la miraba, se parecía notablemente a una mula, con su cráneo largo, sus ojos juntos y gordos. Esa, al menos, no podía ser de aquí. Su apariencia, su comportamiento, sus pies desnudos (y su habilidad para moverse) eran indicios, si no pruebas, de un origen americano

y tropical. Cuando alguna la invitaba a bailar, la rechazaba sin dudar, con una sonrisa que mostraba las quijadas bien provistas.

—Tengo miedo de que me pisen los pies, —decía cada vez a modo de explicación.

Esta muchacha invitó a Florine, de improviso como el baile. Después de pararse un minuto, seguía con más alboroto.

—Y si le piso los pies... —le dijo Florine, señalando sus zapatos dorados que tenían tacones extremadamente altos y picudos.

—De ti, mi pluma, no temo nada. Puedes dejarte ir rotundamente. Me hará más bien que mal.

Y le tomó el talle con las dos manos, la golpeó dos veces contra ella, vientre con vientre, haciendo “¡han, han!”, pues los platillos resonaban en ese momento.

La había apresado con una fuerza poco común. ¡Qué biceps! ¡qué corvas! En la lucha, esta muchacha habría tumbado a muchos hombres, y toda ilusión aparte, su rostro tenía un aspecto indudablemente bestial, no sin algo de repugnante. De su cuerpo emanaba un olor muy fuerte que recordaba al de los criaderos de ovejas, establos o cuarteles. Pero no tenía por qué hacerse la delicada, de boca chiquita, o fruncir las narices en un baile de brasileños; además el desencadenamiento de la danza era tal que hubiese sido mezquino buscar otra razón al hedor. Más valía, como le había dicho la otra, dejarse ir rotundamente. Florine se acercó a su compañera, apretó el torso cuyos músculos sentía como desnudos bajo su ligero tejido húmedo, y se puso a hacer ¡han! , han! , a su vez, golpeando lo mejor que pudo los muslos y el vientre.

No hubo más que ruidos y choques, que la lanzaron a una brusca embriaguez. Este estado duró algún tiempo, luego le pareció que los ramos floridos del papel tapiz palidecían, que la música también perdía intensidad, y la danza, alrededor, de su frenesí. Florine tuvo una impresión de frío y de grisalla. Se preguntó si no estaría soñando. Tuvo miedo de que todo no fuera más que un sueño y, sabiendo que soñaba, temió ver este sueño terminarse a breve plazo y despertarse, perder el baile de los Brasileños (¡sin que le hubiesen presentado a estos misteriosos Brasileños!). Si soñaba, había que tratar de entrar más profundamente en el sueño y creer en su realidad, había que olvidar la presente inquietud. Entonces hizo “¡han! ¡han!” con una violencia que superaba mucho lo que está permitido en un baile (la otra le respondería igualmente), y golpeó furiosamente su vientre contra el de su compañera (¡cómo estaba duro!) para llegar, por la brutalidad de la sensación a la tranquilidad del espíritu y a la paz del alma. “¡han! ¡han!”... Si antes no se rajaba la pelvis, si no hundía la de la otra, iba a vencer la duda. Iba a olvidar que quizás soñaba.

El rostro frente a ella también se modificaba. Se alargaba, se volvía cada vez más caballuno, con su



piel confortablemente azulada, sus ojos saltones, su pelo duro, su labio caído. La cara de la muchacha retrocedía, vacilaba un poco, como si los golpes hubiesen abierto alguna brecha en su cuerpo, y se hubiese dicho que se ablandaba, a pesar de que Florine sintió entre sus palmas el torso siempre duro. Después, como se apaga una lámpara, la muchacha cerró los ojos. Florine la vio en verdad dormirse entre sus brazos, y a partir de ese instante cesaron de encontrarse las dos en el mismo espacio. Florine, en contra de su deseo y su voluntad, no pudo impedirle abrir los ojos.

Abominable despertar: era la noche, afuera, bajo un enorme claro de luna. Tampoco estaba acostada en su cama, como hubo pensado encontrarse: sus manos amarradas muy estrechamente atrás de la espalda, sus pies amarrados. Estaba sacudida, en el fondo de una carretela mal suspendida que los baches y los relieves del camino hacían bailar (y el bosque se quejaba: “¡han! ¡han!”...), mientras que las cantimploras y cajas vacías chocaban produciendo un ruido de tambores y platillos. El viento aullaba en las ramas por encima del camino. A cada salto chocaba contra su vientre un saco grueso que podía contener yeso o cal. Dos hombres, a quienes les veía oscuramente delineadas las espaldas brutales,

estaban sobre el asiento. Uno de ellos sostenía las riendas, callado, sin que el otro le hablara. ¿Cómo la habían tomado? Probablemente había sido drogada para haberse hundido en un sueño tan turbio, para despertarse tardíamente y sin el menor recuerdo de lo que le había pasado. O bien, ¿soñaba ahora?

Como por hábito, su vientre chocó contra el saco, volvió a cerrar los ojos esperando salir de este mal sueño y despertar al fin dentro de sus sábanas o entrar al sueño del baile y volver con los Brasileños. Pero no, no regresó, le faltó tiempo quizás, y ningún cambio se había producido cuando la carreta se paró. Descargaron su cuerpo delante de una fosa, sobre el borde de un largo camino forestal, muy derecho y desierto, y colocaron el saco, blanco bajo la luna, al lado de ella. No la desamarraron, no la tocaron más de lo necesario. La cosa debía haber sido convenida anteriormente, pues no escuchó ni una palabra de sus bocas. Los vio sacar a cada uno su cuchillo, abrirlo; sintió las dos hojas que entraban juntas en su costado izquierdo y en su costado derecho, que volvían a salir, luego sintió su respiración pasar entre sus costillas. “¿Los Brasileños?”, pensó todavía apretando los dientes, antes de dejarse ir y que todo zozobrara.